

NÚMERO 83



MUAC Fotografía de Marty McLennan

MuAC: el nuevo posmuseo de la UNAM

Como todo proyecto ambicioso (¿pretencioso, dirán algunos?), el nuevo espacio para el arte contemporáneo en Ciudad Universitaria tendrá seguramente detractores. Pero hasta ellos habrán de admitir que es impresionante y que sus osadías son de las que dejan marca para siempre.

Por Marty McLennan | feb-09 | Tags: [mexico](#), [unam](#)

Los posmodernistas ciertamente saben cómo poner las cosas de cabeza. Y el equipo creativo detrás del nuevo Museo Universitario Arte Contemporáneo —o MuAC— no se queda atrás. A la entrada del recinto me informaron que éste no era un museo (es, *ejem*, un posmuseo). Además, la estructura que alberga este “no-museo” no es tanto un edificio como un “territorio dinámico y flexible” (en palabras de su arquitecto, Teodoro González de León). Y para colmar el asunto, una vez que pagué los 30 pesos de entrada, instantáneamente me transformé de un visitante que paga a un “viajero inteligente”. ¡Válgame!

Atención con los retos mentales. ¿Qué otra cosa se puede esperar cuando la crema y nata de los intelectuales detrás de una de las instituciones académicas más importantes de Latinoamérica trabaja conjuntamente con uno de los mejores arquitectos mexicanos, un ejército de ingenieros, museógrafos, curadores y, por supuesto, artistas, para crear un espacio para reflexionar acerca de la realidad?

Y vaya que reflexionaron. Se puede apreciar en cada detalle: las ventanas reflejantes, las piscinas “infinitas”, el acero pulido). Pero tan sólo las estadísticas cuentan esta historia: es el primer museo público importante (a pesar de que asevera ser un posmuseo) que se ha levantado en la Ciudad de México en los últimos 30 años. Cuando se inauguró, el pasado 27 de noviembre, los casi 14 mil metros cuadrados de edificio ya cobijaban la colección pública más grande de arte contemporáneo nacional e internacional del país, con fechas posteriores a 1952, año en que la Ciudad Universitaria abrió por primera vez sus puertas. Como parte de su espíritu vanguardista, las instalaciones se iluminan casi en su totalidad con luz natural y siguen todas las normas internacionales para un museo de esta talla. Su Espacio de Experimentación Sonora es el primero en su tipo en el país. Y su Espacio Experimental de Construcción de Sentido (ECCS), diseñado para promover un diálogo entre los artistas, visitantes y curadores, es un punto de referencia innovador en el mundo museístico.

No se necesita ser un genio ni un cyborg (ese ente medio humano, medio robot, recurrente en la filosofía posmodernista) para darse cuenta de que la obra de arte más prominente es el edificio mismo. Las líneas minimalistas de este santuario de la posmodernidad, de 250 millones de dólares (“es caro”, acusan sus detractores), gigantesco, de una planta, de fachadas de cristal (“es transparente y horizontal”, declara González de León) son fieles al concepto aquel de “territorio” (y no de edificio).

Como está situado estratégicamente entre la Biblioteca Nacional y el Centro Cultural Universitario —famoso durante mucho tiempo por ser el más importante del país— se ha convertido, casi de la noche a la mañana, en el corazón mismo del centro, y proporciona una espaciosa plaza para visitantes. Dicho de otro modo, el museo, que está dedicado a las artes plásticas, completa el conjunto de ofertas que hasta ahora incluía música, danza, cine y teatro.

Conocí a Graciela de la Torre, directora de Artes Visuales de la UNAM. Me aseguró que aunque el museo es espectacular desde afuera, su belleza y esencia radican en lo que está en el interior... pero no del edificio, sino de mí y de todos los viajeros inteligentes que lo visitan colectivamente (¿mencioné que tal vez sea buena idea tomarse un *espresso* triple antes de entrar al recinto?). Después de nuestras charlas, en forma bien posmoder-na, De la Torre se negó a guiarme por el lugar. Por principio, no hay visitas guiadas. El MuAC da por sentada la inteligencia de sus visitantes. Así que, apenas me dieron un tríptico de este edificio de la era espacial y sus exhibiciones, empecé mi camino.

VIAJERO INTELIGENTE, PREPÁRESE PARA EL DESPEGUE

Antes de embarcarme en mi travesía solitaria, pregunto solamente por dónde debo comenzar. De la Torre señala que “este museo es un ámbito de absoluta libertad”. Y por libertad puede interpretarse, por supuesto, la decisión de dirigirse uno mismo a través de las exhibiciones. Sin embargo, a los artistas también se les da completa libertad para crear sus obras. Sin duda es debido a esto y a los asuntos puntillosos que eligen como tema, que el museo se empeña en dejar clarísimo su deslinde, con leyendas de este estilo en varias exposiciones: la UNAM respeta la libre expresión creativa aunque no asume necesariamente como propios los argumentos y las tesis de los artistas y curadores dentro de sus espacios de exhibición.

Los servicios se localizan en la parte inferior —un auditorio, salón de conferencias, un café-restaurant, la Arkheia (el centro de documentación, información e investigación del museo), el laboratorio de restauración y las oficinas. En el nivel de la planta baja, hay una estructura circular compuesta por cuatro cuadrantes, con otro tanto de patios exteriores. La tienda del museo y el Ágora, una zona educativa con proyector cinematográfico, se encuentran a mi derecha. Y a la izquierda está la “calle” (en palabras de González de León), en la que un par de pórticos contrastantes llama mi atención. Frente a frente se topan un gigantesco portal de cristal que conduce a una sala abierta con la espectacular *Cascada*, de la artista Marta Palau, y una entrada en forma de carpa de carnaval tamaño infantil que obliga a los adultos a agacharse para poder pasar.

Los ambientes en las dos salas son polos opuestos: los que entran por la puerta de cristal están serios y callados. Pero desde el tenderete se escuchan cuchicheos y risitas. Hay un monitor encendido. “La idea fundacional del MuAC es revolucionar la experiencia museística”, dice Dela Torre. “Aquí se trata de intervenciones con fines educativos”. Por eso no hay visitas guiadas, “sino herramientas para ayudar a apropiarse la experiencia”.

Como resultado, la experiencia del MuAC es multisensorial. Más allá de procesar las exhibiciones, el viajero inteligente debe participar en ellas. La diferencia es abismal. Ingreso a la sala en la que *Inflación*, de Máximo González, ocupa todo un muro. La obra monumental es un conjunto de globos plateados redondos y de dos caras. Cuando se aprecian de cerca, cada una se encuentra “acuñada”. De un lado, el escudo de la República Mexicana y, del otro, la imagen de una moneda de 10 centavos. En vez de proteger la obra de arte, el museo promueve que se la lleven como *souvenir*. Cuando obtengo el mío, bromeo al decir que estoy desinstalando la instalación. Eduardo García Pérez, de 26 años de edad y colaborador (enlace) en el museo, niega con la cabeza. “No —dice— estamos interactuando con ella.” Pero cuando la sala se despeja, no queda nada más que una cavilación para futuros viajeros inteligentes: un letrero iluminado en una pared blanca. Cuando salgo con mi globo atado al dedo me doy cuenta de lo oportuno de mi visita. Si hubiera entrado a la sala media hora después, habría parecido el viajero inteligente más estúpido del planeta al preguntarme si un muro en blanco podría ser considerado arte (pero... ¿podría?).

Otra de las exhibiciones inaugurales —*El reino de Coloso: el lugar del asedio en la época de la imagen*— aborda las relaciones entre tecnología y violencia. La obra, en cuatro partes, consiste en imágenes fotográficas y cinematográficas de la guerra (ambas tecnologías modernas para “ver”). Los visitantes ingresan después a una habitación titulada *Aliento*, de Óscar Muñoz, en la que se topan con ocho espejos colgados de las paredes. Al respirar frente a ellos, ocurre una doble reacción. El reflejo de inmediato se pierde en el vaho. Sin embargo, simultáneamente, la imagen de un “desaparecido” emerge del cristal, sólo para volver a desaparecer. La instalación *Apóstasis*, de Rafael Lozano-Hemmer, completa la unidad. Un manojo de reflectores montados en el techo ilumina el piso del museo. A medida que los visitantes ingresan a la sala, las luces —guiadas por sensores infrarrojos los evaden. Me detengo en una esquina oscura y observo cómo se desenvuelve la ironía cuando mis colegas viajeros inteligentes bailan audazmente, tratando de cazar la iluminación.

En teoría, mi “viaje” a través de las exhibiciones acaba donde comenzó, en *Cantos Cívicos*, dentro de la carpa de carnaval localizada en el centro de un espacio gigantesco. Imágenes de científicos manipulando ratones se proyectan en las paredes y los colores primarios de la carpa se cubren con insignias de esvásticas, dólares y euros. Adentro, un pequeño laberinto, tapizado con juguetonas imágenes y tiras cómicas nazis, zigzaguea en el edificio temporal y pasa por salas adornadas con pornografía barata, retratos de soldados y un laberinto transparente repleto con docenas de ratas de laboratorio. En la parte norte de la carpa, unas muñecas cuelgan como salchichas, en capullos de celofán transparente. La experiencia ahí dentro sirve, si acaso, para señalar que una travesía por el MuAC es justo eso. Un viaje que no está destinado a terminar. Así que me voy a casa sintiendo una incapacidad de sacudir las nuevas reflexiones sobre la realidad, el arte, la violencia y el absurdo (entre otros que fueron confrontados ese día).

POSDATA

De nuevo con mi globo de 10 centavos. A medida que escribo este texto, me doy cuenta de que el helio se ha escapado. La orgullosa y brillante moneda que alguna vez estuvo llena de aire ahora apenas flota sobre el piso de mi estudio. Pronto se desinflará. Y entonces arrojaré ese objeto inerte a la basura. En lo que eso ocurre, los curadores estarán rellenando con aire otros globos moneda. Seré un neófito en el concepto de posmuseo, pero no de la academia. Y los dos comienzan a parecerse. Cuando me lo dieron, pensé que era un regalo. Pero en realidad era un Caballo de Troya. Resulta que el estatus de viajero inteligente tiene un precio. Esperen llevarse tarea a casa.

*Traducción de Hilda Domínguez

MUSEO UNIVERSITARIO ARTE CONTEMPORÁNEO

Insurgentes Sur 3000

Centro Cultural

Universitario

T. 52 (55) 5624 8800

www.muac.unam.mx

Miércoles, viernes y domingos de 10 a 18 horas; jueves y sábados de 12 a 20 horas; cierra lunes y martes.

Entrada: 30 pesos.

- Páginas
- 1